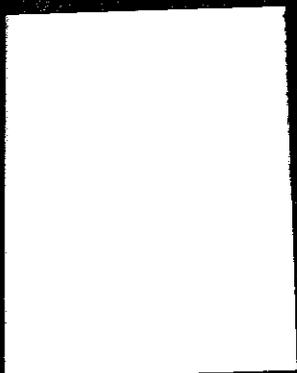


CONSTANTINOPLA 1453

MITOS Y REALIDADES



INMACULADA PÉREZ MARTÍN

***CONSTANTINOPLA, PRINCIPIO Y FIN: CONTINUIDAD, RUPTURA Y DECLIVE
EN LA DEFINICIÓN DE LA HISTORIA DE BIZANCIO***

La historia, como recordaba el título de un libro de Rafael Sánchez Ferlosio, es *la madre de la patria y la hija de la guerra*, y esta glosa de su valor explica el sentido de nuestra conmemoración de la caída de Constantinopla, punto y aparte de un prolongado proceso bélico y punto final de la "patria" bizantina.

De pocas civilizaciones se puede decir con tanta rotundidad como de Bizancio que vieron su fin en una fecha exacta; eso no implica que el mundo bizantino encontrara un brusco final en 1453: no lo tuvo, por supuesto, como civilización, aunque sí el Estado que se seguía llamando Imperio romano (*βασίλεια τῶν Ῥωμαίων*) y que, desde bastante tiempo atrás, tenía sus días contados, algo de lo que no sólo nosotros, *post eventum*, somos conscientes, sino también los hombres del siglo XIV y del siglo XV.

Pero el tema que quiero tratar en estas páginas no gira en torno a esa fecha fatídica. Ciñéndonos a su protagonista, la ciudad de Constantino, la pregunta central de estas reflexiones que voy a iniciar puede ser formulada de este modo: ¿a qué puso término la conquista otomana de Constantinopla? O, en otras palabras: ¿en qué grado y bajo qué esquemas ideológicos estaba la idea de Imperio ligada a la existencia de Constantinopla? Responder nos obligará a tratar problemas de periodización y de nomenclatura y a apuntar una definición de lo que es bizantino o no.

El conjunto de la historia bizantina es presentado a menudo como un proceso de pérdida del territorio imperial, un proceso continuo, con paradas intermitentes e incluso recuperaciones. Aunque esto es fundamentalmente cierto, al contemplar según ese guión la historia de Bizancio, cometemos el error fatal de no distanciarnos de la percepción de los propios bizantinos, de su "naturaleza retrógrada", como la ha llamado Cyril Mango, sin que la expresión inglesa (*backward-looking*) parezca tener las connotaciones negativas que tiene la castellana.¹ Un bizantinista

¹ C. MANGO, *Byzantium. The Empire of New Rome*, Londres, 1980, pp. 4-5.

americano, George Dennis, se preguntaba en el título de un artículo si los bizantinos eran creativos o meramente imitativos. Bajo este epígrafe, Dennis publicaba unas breves páginas llenas de ironía y reflexiones personales, que acaban diciendo: «nosotros criticamos a los bizantinos por mirarse en un mundo ya caduco, por no ir al compás de los tiempos y estar apegados a la rutina (...). Quizá más bien seamos nosotros quienes estemos apegados a la rutina».²

En efecto, al adoptar la “retrógrada” perspectiva bizantina, en realidad nos plegamos a la peligrosa equiparación entre Bizancio y decadencia. Y es que, si bien para los bizantinos Roma fue un referente cargado de valores positivos con el que encarar el presente y el futuro, para nosotros ese mirar a Roma no es desde luego sino un síntoma de esclerosis y falta de creatividad. Negamos así a la civilización bizantina incluso el cumplimiento del esquema polibiano de nacimiento, plenitud y muerte, puesto que, al no separarla de su predecesor romano, Bizancio no es más que una Roma mutilada, la inexplicable prolongación de su agonía, como la vio Gibbon.

La ideología política de un Estado es, en realidad, un mal compañero de viaje para quien pretenda definir una civilización o trazar los límites y etapas de su devenir histórico. Buen ejemplo de ello es el que nos da el conquistador de Constantinopla al presentarse como heredero del Imperio de Roma, aunque en su caso el que la reivindicación imperial esté promovida por un musulmán excluya para los cristianos cualquier legitimidad.³ Lo que se esconde detrás de esa mirada al pasado consustancial a la ideología imperial bizantina es, en realidad, el intento nunca abandonado de una “restauración” de la gloria de Roma no por imposible menos anhelada, pero de una Roma fosilizada en un esquema referencial que no se remonta a Augusto sino a Constantino, aunque los panegiristas tardoantiguos no se olviden de aludir a Augusto o a Marco

² G.T. DENNIS, «Were the Byzantines creative or merely imitative?», *ByzF*, 24 (1997) 1-9, esp. 8-9.

³ Sobre los intentos en la Europa moderna de “naturalizar” a los turcos, haciendo de ellos parte de la herencia clásica humanista y pintando a Mehmed como un príncipe renacentista, *vid.* M.E. YAPP, «Europe in the Turkish Mirror», *Past and Present*, 137 (1992) 134-155, esp. 141-142.

Aurelio como referentes.⁴ Ése fue probablemente el triunfo de Eusebio de Cesarea, conseguir que el Imperio cristiano fuera el de Constantino y sus sucesores, no el de Augusto, durante cuyo reinado Cristo se mostró a los hombres.⁵ A su vez, detrás de ese anhelo de “restauración” o “renovación” lo que se esconde es una coyuntura puntual: la búsqueda de legitimidad del poder usurpado por determinado emperador o una revolución enmascarada como vuelta al pasado,⁶ como se han definido, por ejemplo, las reformas de Justiniano, una farsa de restauración que no parece haber convencido a Procopio, para quien Justiniano no deja de ser un “innovador diabólico”.⁷

La esencia de la historia es el cambio y sin cambio no hay historia; contemplar Bizancio como una estructura anquilosada, encerrada en sí, soportando las mordeduras del enemigo en las fronteras del Imperio, cada vez más cerca de su corazón, Constantinopla, es negar que tuviera una historia y esto es algo que repetidamente se ha hecho.⁸ Para reconsiderar esta visión global de la historia de Bizancio como un proceso de pérdida territorial puede ser un divertimento interesante rehacer brevemente el camino que va desde la liquidación definitiva de los restos del Imperio hasta su nacimiento. Se podría reunir, por ejemplo, un curioso florilegio de fechas que los historiadores consideran significativas en este “imparable declive” de Bizancio, normalmente relacionadas con distintos momentos en que los bizantinos claudicaron en Anatolia o

⁴ M. WHITBY, «Images for emperors in late antiquity: a search for New Constantine», en *New Constantines. The rhythm of imperial renewal in Byzantium, 4th-13th Centuries*, P. MAGDALINO (ed.), Aldershot, Variorum, 1994, pp. 83-93, esp. 85-86.

⁵ *Vid.* al respecto la monografía clásica de T.D. BARNES, *Constantine and Eusebius*, Cambridge, 1981 y S. MACCORMACK, «Christ and Empire, Time and Ceremony in Sixth Century Byzantium and beyond», *Byzantion*, 52 (1982) 287-309, esp. 293-295, así como A. BRAVO GARCÍA, «Orden humano y orden divino: la realeza en el mundo bizantino», *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, J.M. CANDAU ET AL. (eds.), Madrid, 1988, pp. 207-240.

⁶ P. MAGDALINO, «Introduction», *New Constantines* [cit. n. 4], p. 7.

⁷ M. MAAS, «Roman History and Christian Ideology in Justinianic reform legislation», *DOP*, 40 (1986) 17-31 y P. MAGDALINO, «Introduction», *New Constantines* [cit. n. 4], p. 9.

⁸ Sobre la habitual negación de que el paréntesis entre la Grecia antigua y la moderna tuviera alguna relevancia, *vid.* AV. CAMERON, «The Use and Abuse of Byzantium», *Inaugural Lecture, King's College London*, Londres, 1992 [reimpr. en AV. CAMERON, *Changing cultures in early Byzantium*, Aldershot, Variorum, 1996, XIII], pp. 5-6.

en que los turcos pusieron el pie en Europa, momento histórico "sin retorno" que a la fuerza había de culminar en la toma de Constantinopla. No podemos dar a tales sucesos más importancia de la que tienen; en realidad, los primeros turcos selyucíes que "pasaron a Europa", lo hicieron probablemente como mercenarios a las órdenes de Alejo Comneno; tampoco podemos olvidar que antes del siglo XI hubo guarniciones árabes encargadas de la protección de Constantinopla, así como desplazamientos de poblaciones de Europa a Anatolia y viceversa.

A esta pérdida territorial en la que se considera especialmente relevante la amenaza oriental, siendo el proceso en los Balcanes completamente diferente, se han acordado dos momentos significativos que coinciden con sendas guerras civiles, la iniciada por Juan Cantacuzeno,⁹ que supondrá un paréntesis en los reinados paleólogos, y la que sigue a la derrota de Mantzikert en 1071, que acabará con la instauración de la dinastía comnena.¹⁰ Si los años centrales del siglo XIV y el final del siglo XI son vistos como períodos de crisis y aceleración de la decadencia, otras épocas, por el contrario, han entrado en la categoría de "doradas", en algunos casos simplemente para confirmar que la propaganda auspiciada en su momento por los emperadores y la más parcial historiografía dan sus frutos incluso en la actualidad.

Épocas doradas son, por ejemplo, el Imperio de los Láscaris en Nicea durante el medio siglo que sigue a 1204, quizá también el reinado de Manuel Comneno, presentado como una época abierta a influencias externas y rica en soluciones. Ana Comnena no parece haber tenido tanto éxito con la narración de las hazañas de su padre Alejo, seguramente porque el parentesco de la autora de la *Alexiáda* nos prevenía de su esperable parcialidad; en realidad, como ha demostrado Paul Magdalino, en un trabajo titulado expresivamente "La pluma de la tía", es decir, de Ana, la tía de Manuel Comneno, la *Alexiáda* no es sólo una

⁹ Vid. P. CHARANIS, «Internal Strife in Byzantium during the 14th C.», *Byzantion*, 15 (1940-41); ID., «The Strife between the Palaeologi and the Ottoman Turks, 1370-1402», *Byzantion*, 16 (1942-43) 286-314 e I. PÉREZ MARTÍN, «Procesos de aculturación en la conquista otomana de Anatolia», *Erytheia*, 19 (1998) 25-56.

¹⁰ Una discusión sobre la importancia de la batalla de Mantzikert en el curso de la conquista de Anatolia, relativa si la comparamos con los daños provocados por la guerra civil entre Romano Diógenes y Miguel Ducas que la siguió, en J.-C. Cheynet, «Mantzikert un désastre militaire?», *Byzantion*, 50 (1980) 410-438.

reconstrucción mitificadora del Imperio de Alejo Comneno, sino también una obra fuertemente marcada por una postura crítica hacia la política del sobrino de Ana, Manuel I.¹¹ Un historiador poco anterior, Miguel Atalíates, tampoco tuvo éxito en su intento de presentar al emperador Nicéforo Botaniates como un nuevo Constantino, seguramente porque Nicéforo sólo retuvo el trono durante tres años.

Épocas doradas siguen siendo las del reinado de Basilio II (976-1025) y, en general, las de los emperadores macedonios, cuyo siglo constituye un momento siempre ensalzado de estabilidad y reformas adecuadas y exitosas, así como de recuperación del legado cultural antiguo y de esplendor en las artes.¹² Por el contrario, los emperadores iconoclastas probablemente nunca se recuperarán del todo del hecho de que los testimonios favorables a sus reformas hayan sido borrados de la faz de la tierra. Podríamos seguir retrocediendo en esta lista de emperadores cuyas iniciativas y éxitos han quedado grabados en nuestra memoria, pero nos detenemos aquí. Algunos de los emperadores nombrados y otros muchos permanecieron lo suficiente en el trono como para afrontar con soluciones novedosas los problemas y aumentar el bienestar de sus súbditos. En resumidas cuentas, la historia de Bizancio no es la historia de una agonía, sino la de una sociedad dinámica que se reinventa a sí misma. Si queremos hacerle justicia, no podemos contemplarla como un proceso imparable de decadencia y caída, sino como un continuum de crisis y recuperación o, más bien, de intentos de recuperación, unas veces fallidos y otras exitosos.

¹¹ Vid. P. MAGDALINO, «The Pen of the Aunt: Echoes of the Mid-Twelfth Century in the Alexiad», en *Anna Komnene and her Times*, Th. GOUMA-PETERSON (ed.), Nueva York-Londres, 2000, pp. 15-44. La obra clásica sobre Ana Comnena sigue siendo la de G. BUCKLER, *Anna Comnena: A Study*, London, Oxford University Press, 1929.

¹² Una crítica a la aproximación clasicista al arte bizantino, que, sin nombrarlo, apunta a Weitzmann y sus estudios sobre el arte pictórico macedonio, en A. KAZHDAN-A. CUTLER, «Continuity and discontinuity in Byzantine History», *Byzantion*, 52 (1982) 429-478, esp. 455.

Intentos de periodización y definición

Pero la ideología imperial o la historia política no es, como decíamos, el ámbito más adecuado para entender qué fue Bizancio o cómo podemos estructurar su historia. Cyril Mango, por ejemplo, suele distinguir un Bizancio de la "Baja Antigüedad" de un Bizancio medieval, mientras que otros historiadores, como John Haldon, no reconocen un Bizancio anterior al siglo VII. Por otra parte, es habitual definir determinados períodos en función de la dinastía reinante; hablamos así del Imperio macedonio, comneno o paleólogo, pero esto no cubre toda la cronología. También es habitual hablar del Imperio protobizantino, bizantino medio o mesobizantino y tardobizantino; estos tres grandes períodos tienen una cronología bastante imprecisa, pero es sin duda el primero el que adolece de una terminología más inconsistente y pone con ello de manifiesto las múltiples perspectivas desde las que sus estudiosos se enfrentan a él. Por ejemplo, a los historiadores del Imperio romano les resulta muy cómodo utilizar el término "bizantino" para delimitar su campo de análisis a la parte oriental del Imperio, en especial cuando éste ya está dirigido por dos emperadores. La división del Imperio tiene una génesis compleja y titubeante y resulta cómodo distinguir entre una y otra parte haciendo un uso incorrecto de "bizantino". Por el contrario, el término "tardorromano" no suele aplicarse al Imperio oriental, reservándose como etiqueta para la historia occidental de los siglos III y IV. Esta terminología no da problemas cuando la aplicamos, por ejemplo, a la "Hispania tardorromana". Sin embargo, en el territorio donde el dominio imperial se mantuvo más tiempo, para distinguir este último período de los siglos V y VI se utiliza la etiqueta de "late late Roman Empire", Imperio tardorromano tardío, que, en mi opinión, no tendrá nunca mucha difusión.

Resumiendo, encontramos un uso cómodo, pero incorrecto, del término "bizantino" por parte de los historiadores del Imperio romano y un uso del término "protobizantino" por parte de estudiosos del Imperio de Oriente que a veces etiquetan como tal el período que da comienzo cuando los primeros Gog y Magog se asoman con malas intenciones por la frontera del Danubio. Aunque esa terminología es utilizada por muchos respetables o incluso admirables bizantinistas, sería más correcto

servirse de otros términos, por ejemplo, el completamente inusual "prebizantino". Siempre es relativa la relevancia de la terminología, pero cuando se habla del pasado, al que se recurre fácilmente como justificación de las decisiones del presente, los usos que se pueden dar a las etiquetas son peligrosos. Si Constantino es el primer emperador de Bizancio, por el hecho de haber sido bautizado y haber fundado Constantinopla, estaremos desdibujando procesos muy complejos que caracterizarán no sólo la personalidad del período tardoantiguo sino también la gestación de lo que después será Bizancio.

En realidad, no necesitamos acuñar nuevos términos, sino precisar los que ya tenemos. Es completamente falseador llamar bizantina a una fase del Imperio romano en la que éste es todavía, y a pesar de los problemas, un estado formado por ciudades que siguen cumpliendo su función, con una administración plenamente romana y unas provincias orientales económica y culturalmente florecientes. Esta fase, la que se desarrolla entre los siglos III y VI, es la que contempla el final de la Antigüedad, no sólo en lo que después será el territorio de Constantinopla, el delimitado por el Danubio y el Éufrates, sino también en el norte de África y en Italia. Denominarlo Antigüedad tardía y considerar ésta en sí misma y por sí misma tiene el efecto positivo inmediato de presentarla no sólo como la última fase de un desarrollo continuo, sino como otra antigüedad, otra civilización.¹³ Todavía en 1977, Henri Marrou definía la Antigüedad Tardía como una época de mediación,¹⁴ una definición que sólo es aceptable si la aplicamos a todos y cada uno de los períodos históricos; si la Antigüedad tardía es el período de mediación entre la Antigüedad y el Medioevo, ¿por qué no va a ser Bizancio el período de mediación entre el Imperio romano y el otomano o entre la Grecia antigua y la Grecia moderna? ¿Acaso tienen más valor unos períodos históricos que otros o es que unos son de transición y no

¹³ Nótese, por el contrario, que Av. CAMERON, «The Use and Abuse of Byzantium» [cit. n. 8], p. 6 considera que la separación de "Bizancio" y de "Antigüedad tardía" es la resultante de lo que ella llama imperialismo académico y cultural. Más adelante la profesora oxoniense reconoce que, al menos, el término "Antigüedad tardía" sirve de contrapeso a la noción de declive.

¹⁴ Vid. H.-I. MARROU, *Décadence romaine ou antiquité tardive, IIIe-VIe siècle*, París, 1977.

aportan nada a la humanidad y otros estables y ricos en aportaciones? Digamos más bien que hay épocas de transformación acelerada y otras dominadas por la estabilidad y que la riqueza de sus soluciones no depende de ello. La Antigüedad tardía es un reto enorme para el análisis histórico: básicamente, porque no resiste ningún esquema biológico de interpretación, pero, sobre todo, porque es una época dominada por fuertes transformaciones en la ideología política, en la religión y en la vida urbana, una época marcada por la andadura divergente de las dos mitades del Imperio, un Occidente que se colapsa¹⁵ y un Oriente cuyas estructuras resisten mejor a las crisis.¹⁶

Sin embargo, en el siglo VII, el Imperio romano de Oriente estuvo muy cerca de no sobrevivir a una crisis de la que salió convertido en algo muy distinto. Sobre la entrada de Bizancio en estos siglos oscuros los historiadores dan dos interpretaciones que se pueden resumir en sendas fórmulas: una es el tradicional "declive y caída" y otra, la opuesta de "caída y declive", lo que se ha denominado muy gráficamente el "asesinato del Imperio". En la primera interpretación, el siglo VII vería la culminación de un proceso de deterioro provocado por una serie de factores de los que los más evidentes son las guerras continuas e improductivas, lo que los sociólogos llaman "con bajo retorno", las plagas y terremotos, invasiones y grandes dosis de violencia urbana.¹⁷ En la segunda interpretación, el Estado romano se mantuvo hasta 600

¹⁵ El concepto de "colapso" ha sido analizado con detalle por J. TAINTER, *The collapse of complex societies*, Cambridge, 1988, quien (*ibidem*, pp. 40-41), critica los conceptos spenglerianos y toynbeeianos de "civilización", "declive" y "caída". Para Tainter, el Imperio romano de Oriente nunca "colapsó" porque siempre hubo otro estado u otro pueblo (los persas, los árabes o los turcos) dispuesto a llenar el vacío de poder.

¹⁶ Las explicaciones que se ha dado a esta andadura divergente del Imperio romano son variadas y, por supuesto, complementarias. Es frecuente atribuir la mayor resistencia del Imperio de Oriente a la solidez de su sistema urbano; *vid.* J.H.W.G. LIEBESCHUETZ, «The uses and abuses of the concept of 'decline' in later Roman history or, Was Gibbon politically incorrect?», en *Recent Research in Late Antique Urbanism*, L. LAVAN (ed.), *Journal of Roman Archaeology Supplement* 42, Michigan, 2001, pp. 233-245. M. WHITTOW, *The Making of Byzantium, 600-1025*, Berkeley-Los Angeles, 1996, p. 106, por su parte, incide en que, mientras en Occidente hubo una privatización del poder estatal por parte de los grandes terratenientes, en el mundo bizantino el poder permaneció en manos del Estado y el poder individual dependió de su participación en el funcionamiento de la administración.

¹⁷ C. MANGO, *Byzantium* [cit. n. 1], p. 67.

con una vida relativamente floreciente, que sólo fue irreparablemente dañada por las guerras ávaras y persas.¹⁸

El elemento fundamental de esa estructura mortalmente dañada a comienzos del siglo VII era la ciudad antigua y es justamente la transición de la ciudad antigua a la ciudad bizantina, lo que se conoce con la socorrida expresión «de la polis al kastron», lo que hemos de considerar expresión central del paso de la Antigüedad a la Edad Media.¹⁹ Aunque durante un tiempo se intentó argumentar que hubo continuidad entre las ciudades antiguas y las bizantinas, es decir, que las poleis sobrevivieron a la crisis de los llamados "siglos oscuros" manteniendo su actividad comercial, productiva y administrativa, finalmente se impuso la tesis —defendida en primer lugar por Alexander Kazhdan— de que en el siglo VII hubo un colapso general, aunque en diversos grados, de la organización urbana antigua, con la consiguiente desaparición de las poleis y la ruralización del Imperio. Las ciudades que sobrevivieron lo hicieron como recintos amurallados, con un área habitada recortada, a menudo con una ciudadela interior. Esta es la base sobre la que se construirá la ciudad bizantina, con una vida urbana de perfil y nivel determinados por sus actividades económicas y por la presencia administrativa y eclesiástica, una ciudad escasamente monumental y organizada, dominada por el espacio privado y, en especial, por las iglesias constituidas en núcleos de vecindades dentro de un tejido urbano muy compacto.

Sería tentador limitar el adjetivo "bizantino" a esta realidad ya puramente medieval que tras la crisis se dibuja en un Imperio balcánico, helénico y minorasiático, completamente cristianizado, que por el camino ha perdido Egipto (640-42) y Siria (634-661). Sin embargo, no es posible trasladar sin más la evidencia de la ciudad a otros aspectos de la civilización bizantina ni considerar bizantinos sólo los rasgos de este mundo que emerge tras la crisis de la Edad oscura. En todos ellos

¹⁸ AV. CAMERON, *The Mediterranean World in Late Antiquity, A.D. 395-600*, Londres, 1993 [hay trad. esp.], y M. WHITTOW, *The Making of Byzantium* [cit. n. 15], pp. 89 y 103.

¹⁹ Resumen a continuación lo expuesto I. PÉREZ MARTÍN, «Bizancio y sus ciudades», en *De la aldea al burgo*, A. PÉREZ JIMÉNEZ-G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), Málaga, 2003, pp. 225-282.

hay una cesura, una fase marcada por el vacío, que precede a una realidad en mayor o menor grado marcada frente a un mundo tardoantiguo con el que no se puede confundir Bizancio. Determinar el nacimiento de éste es una tarea imposible, lo que no significa que no se pueda intentar definir en cada campo lo bizantino frente a lo tardoantiguo. Las historias convencionales de Bizancio parten del 330, año de la fundación de Constantinopla; los teólogos señalan la importancia de 451, fecha del IV Concilio de Calcedonia, que definió la doble naturaleza de Cristo como inviolablemente unida en una persona o hipóstasis; otros historiadores buscan fechas significativas en períodos posteriores o renuncian con buen criterio a toda fecha exacta y empiezan su análisis en torno al año 500 o al año 600.

Es evidente que cada ámbito (la teología, la literatura, el arte) tiene sus propios argumentos para trazar una frontera propia entre la Antigüedad y Bizancio. Probablemente la cesura más difícil de argumentar se encuentra en la literatura, pero también en la estructuración temporal de este campo es posible trazar fronteras, definir géneros propiamente bizantinos o determinar la personalidad fosilizada de otros. Por poner un ejemplo que conozco un poco mejor, la historiografía, yo no sabría cómo calificar a Procopio o a Agatías, si de historiadores antiguos o bizantinos, mientras que hay poetas contemporáneos de estos escritores cuyas obras sería difícil calificar de antiguas. Sí me atrevería a decir que en la selección del material histórico a tratar, la estructura de sus obras y la lengua, los historiadores del siglo VI están mucho más lejos de la historiografía ateniense que de la que hicieron sus sucesores bizantinos a partir del siglo X, y ello a pesar de estar separados por una fractura de casi tres siglos en la que se dejó de cultivar la historia "al modo antiguo". Sin embargo, la razón de que la historiografía propiamente bizantina se perciba como próxima a la del siglo justiniano se explica no tanto por el carácter "bizantino" de ésta como por el carácter conservador de las obras de León Diácono y sus sucesores y por el hecho de que la realidad política sobre la que escribían los historiadores tardoantiguos y la concepción del mundo que los caracteriza eran ya, a pesar del colorido tucidideo, muy distintas de las de los primeros historiadores griegos.

El arte de la Antigüedad tardía plantea una problemática similar; en arquitectura, el edificio tardoantiguo por antonomasia es la basílica, de la que por cierto en el territorio de la actual Grecia, donde prácticamente no hay evidencia de edificación entre 600 y el comienzo del siglo IX, los ejemplos se limitan a Salónica y a Paros.²⁰ Por otra parte, puesto que la arquitectura religiosa bizantina está dominada por el edificio abovedado, sería necio poner al otro lado de la barrera de lo bizantino los hallazgos arquitectónicos del siglo VI, que se generalizaron tras los siglos oscuros; y, sin embargo, también en este campo se rompió con la tradición: tras el vacío de los siglos VII y VIII, la arquitectura adoptó dimensiones más modestas y se abrió a la influencia islámica y armenia.

La arquitectura y el urbanismo nos proporcionan una base mucho más clara que la de otros ámbitos para distinguir el mundo bizantino del tardoantiguo. En efecto, qué mejor ejercicio de comprensión de lo que es bizantino que comparar el ágora de la Corinto antigua con la reducida *plateia* de la Corinto bizantina; o comparar la basílica de San Apolinario in Classe (Ravenna) con la Panayía Gorgoepícoos de Atenas, esa diminuta iglesia contigua a la Catedral, que es un ejemplo inmejorable de reutilización estética de espolios.²¹ Entre una y otra median seis siglos, durante los cuales se produjo —como ellas ponen en evidencia— un corte profundo en el estilo de vida, en la vivencia religiosa y en las relaciones sociales.²²

Mencionemos ahora otro ámbito de la cultura material, quizá no tan presente en la vida de los bizantinos como el lugar donde se desarrollaba el culto, pero igualmente relevante: el de la escritura. Lo que caracteriza el mundo grecorromano es la homogeneidad de las manifestaciones latinas y griegas tanto en las inscripciones como en la escritura libraria.

²⁰ C. MANGO, *Byzantium* [cit. n. 1], p. 70.

²¹ «En la antigua Grecia, el templo estaba inundado de sol; en Bizancio, la iglesia es iluminada por la luz temblorosa de las lámparas de aceite y los cirios. En la antigua Grecia, la divinidad habitaba el templo; en Bizancio, residía más allá de las nubes y podía aparecerse ante el fiel en raros instantes de éxtasis durante una plegaria intensa», ha escrito A. GUILLOU, «Le monde des images à Byzance», en *Byzance et les images*, A. GUILLOU (ed.), París, 1994, pp. 29-30.

²² Un análisis de los distintos ámbitos de la vida cotidiana en los que se pone de manifiesto esta transformación en C. MANGO, «Daily Life in Byzantium», *JÖB*, 31, 1 (1981) 337-353.

Esa homogeneidad, esa comunidad de formas expresivas de dos alfabetos distintos, pervivirá a lo largo de la Antigüedad tardía, donde se localizan tres transformaciones fundamentales en el ámbito de lo escrito que trazan la barrera entre lo antiguo y lo bizantino: la más temprana es el paso del volumen al códice, que ha sido vinculado a la cristianización de la sociedad, otra de las grandes transformaciones que caracterizan este período; paradójicamente, la presentación del texto en *rotula* sólo pervivió en el ámbito litúrgico, el más conservador.

La segunda transformación es la utilización, primero en los documentos, luego en los manuscritos,²³ de una escritura minúscula que rompió decisivamente con la vieja mayúscula que había dominado la cultura literaria grecorromana.²⁴ También aquí la liturgia es el refugio de usos arcaicos, puesto que son justamente los manuscritos utilizados en ella los que se siguen escribiendo en uncial.²⁵ Pero la minúscula era de uso cotidiano en los siglos oscuros y para entonces se percibía ya como algo profundamente antinatural escribir en mayúscula.²⁶ Esta revolución, de gestación una vez más compleja, no sólo afectó al aspecto de la página escrita: la nueva escritura libraria se distanció de su antecesora tardoantigua en un largo proceso que incorporó facilidades para la lectura, añadiendo acentos y espíritus, haciendo coincidir los grupos de letras ligadas con las palabras y separando los *cola* o partes de una frase con signos que tienen muy poco en común con los que nosotros utilizamos al editar un texto griego.

²³ Una visión menos rígida que la tradicional del paso de la mayúscula a la minúscula es la que ofrece C.M. MAZZUCCHI, «Minuscole greche corsive e librarie», *Aegyptus*, 57 (1977) 166-189 e IDEM, «Minuscola libraria. Translitterazione. Accentazione», en *Paleografia e codicologia greca, Atti del II Colloquio internazionale, Berlino-Wolffenbuttel, 17-21 ottobre 1983*, D. HARLFINGER-G. PRATO (eds.), Alessandria, 1991, pp. 41-45, quien resta importancia a la transliteración como momento clave en la transmisión de los textos y para quien, ya antes del siglo IX, convivían en papiro o pergamino transcripciones de textos literarios en una cursiva regularizada.

²⁴ M. MCCORMICK, «Byzantium's Role in the Formation of Early Medieval Civilization: Approaches and Problems», *Illinois Classical Studies*, 12, 2 (1987) 207-220, esp. 215.

²⁵ Esta mayúscula adopta nuevas formas inspiradas en la antigua escritura "romana"; vid. O. KRESTEN-G. PRATO, «Studien zu griechischen Majuskelfragmenten. I. Ein Spiegelblatt aus dem Codex S 23 des Österreichischen Museums für angewandte Kunst/Wien», *Scrittura e Civiltà*, 9 (1985) 285-297.

²⁶ C.M. MAZZUCCHI, «Minuscole greche» [cit. n. 23], 179, n. 1.

El primer manuscrito datado en minúscula, la verdadera escritura bizantina, sigue siendo el Evangelionario Uspensky, copiado en el año 835 en el monasterio constantinopolitano de San Juan de Estudio. Durante un tiempo se pretendió contextualizar la introducción de la minúscula en los ambientes monásticos opuestos a la política imperial iconoclasta, como el monasterio de Estudio,²⁷ pero sin duda el proceso se desarrolló en múltiples fases en función del tipo de textos que se transcribían y las zonas del territorio imperial donde esta labor se realizaba, que no eran exclusivamente Constantinopla. Sin ir más lejos, no hace mucho que se descubrió en la Mezquita Omeya de Damasco un manuscrito de Aristóteles en minúscula que es el más antiguo conservado de este autor y uno de los primeros ejemplos del uso de la minúscula en la copia no documental. Es difícil datarlo con precisión, pero sin duda fue copiado en Siria, no en Constantinopla.²⁸

La tercera transformación que caracteriza la Antigüedad tardía es el abandono progresivo de las inscripciones públicas en favor de los documentos.²⁹ Hasta entonces las inscripciones habían seguido desempeñando el mismo papel que en la Antigüedad, pero a partir del siglo VII su presencia disminuida se circunscribe al ámbito funerario y arquitectónico. También en esta expresión monumental de la escritura es posible distinguir entre su manifestación tardoantigua y su manifestación bizantina, el estilo que denominamos "mayúscula epigráfica" y que ustedes reconocerán en cualquier icono bizantino o postbizantino. Esta escritura aparece en las inscripciones en el siglo VI y en los manuscritos a finales del siglo IX y tiene un uso generalizado hasta el final del Imperio y más allá acompañando a cualquier mosaico o

²⁷ Vid. C. MANGO, «La culture grecque et l'Occident au VIII^e siècle», en *I problemi dell'Occidente nel secolo VIII*, Settimane di Spoleto, XX, 2, Spoleto, 1973, pp. 684-721 e ID., «L'origine de la minuscule», *La Paléographie grecque et byzantine*, París, 1977, pp. 175-179.

²⁸ El manuscrito contenía el *De interpretatione* de Aristóteles; vid. D. HARLFINGER, «Weitere Beispiele frühester Minuskel», en *I manoscritti greci tra riflessione e dibattito, Atti del V Colloquio Internazionale di Paleografia Greca (Cremona, 4-10 ottobre 1998)*, G. PRATO (ed.), Florencia, 2000, vol. I, pp. 153-156, esp. 156.

²⁹ E. PATLAGEAN, «Discours écrit, discours parlé. Niveaux de culture à Byzance aux VIII^e-XI^e siècles», *Annales ESC*, 2 (1969) 264-278, esp. 272, C. MANGO, en *ODB*, vol. I, pp. 711-713, s.v. "Epigraphy" y vol. II, pp. 998-999, s.v. "Inscriptions".

representación pictórica en la pared de una iglesia o en un códice.³⁰ Es la escritura con la que los pintores cretenses firmarán sus obras y El Greco la seguirá utilizando para firmar sus cuadros incluso durante su primera etapa española.³¹

Las inscripciones honoríficas de las estatuas desaparecieron, como es natural, al compás de éstas.³² No es que la cristianización conllevara una destrucción masiva de las estatuas antiguas, marcadamente paganas o no; sólo la implantación de una religión anicónica, y el cristianismo de los primeros siglos no lo era netamente, hubiera ido acompañada de una destrucción programada de tales vestigios, que para los cristianos estaban habitados por démones.³³ Sí que hubo, por supuesto, destrucciones de estatuas paganas ordenadas por el emperador³⁴ o promovidas por las comunidades cristianas de una ciudad; de ello tenemos noticia por los textos pero también por las estatuas encontradas en perfecto estado en pozos o sótanos de mansiones tardoantiguas, cuyos dueños prefirieron ocultar a sus dioses antes que exponerlos a la violencia de los monjes. Por ejemplo, la Atena Parthenos fue sacada del Partenón por atenienses cristianos en un fecha difícil de precisar entre el 435 y el 591, mientras que la Atena Prómacos había sido llevada previamente a Constantinopla por orden de Constantino.³⁵

³⁰ H. HUNGER, *Schreiben und Lesen in Byzanz. Die byzantinische Buchkultur*, Múnich, 1989, p. 116 y Taf. 42 e ID., «Epigraphische Auszeichnungsmajuskel. Beitrag zu einem bisher kaum beachteten Kapitel der griechischen Paläographie», *JÖB*, 26 (1977) 193-210.

³¹ Vid. I. PÉREZ MARTÍN, «El griego de El Greco», en *Toledo y Bizancio*, M. CORTÉS ARRESE (ed.), Cuenca, 2002, pp. 179-201.

³² C. MANGO, «Epigrammes honorifiques, statues et portraits à Byzance», *Αφιέρωμα στον Νίκο Σβορώνο*, B. KREMYDAS, C. MALTEZOU, N.M. PANNAGIOTAKES (eds.), Rétimno, 1986, vol. I, pp. 30-35.

³³ Sobre el interés por las estatuas paganas, vid. A. CAMERON-J. HERRIN (eds.), *Constantinople in the Early Eighth Century. The Parastaseis syntomoi chronikai*, Leiden, 1984, pp. 31-34.

³⁴ La afirmación de Eusebio de Cesarea de que Constantino destruyera estatuas es meridianamente falsa; vid. P. MARAVALL, *Eusèbe de Césarée, La théologie politique de l'Empire chrétien. Louanges de Constantin (Triakontaétérikos)*, París, 2001, IX, 6. Lo mismo se puede decir de otras afirmaciones de la *Vita Constantini* relativas a la prohibición del culto pagano (II, 45 y IV, 25) o a la destrucción de templos (III, 54), un pasaje éste en el que Eusebio intenta explicar el traslado a Constantinopla de estatuas de divinidades paganas para adornar su ciudad, como parte de una política sutil de haber befa de los antiguos dioses.

³⁵ G. FERNÁNDEZ, «Proclo y la desacralización del Partenón», *Erytheia*, 9 (1988)

Las estatuas de bronce eran, por razones evidentes, las primeras candidatas a ser eliminadas y su material, reutilizado, pero tanto éstas como las de piedra formaron parte del paisaje cotidiano de los constantinopolitanos,³⁶ en cuya ciudad en el siglo VIII sobrevivían al menos un centenar.³⁷ Cuando Constantinopla cayó en manos turcas sólo quedaban dos ejemplos de escultura antigua: la columna serpentina del Hipódromo, hecha por los griegos victoriosos tras la batalla de Platea, mutilada en 1700, y los doce relieves de la Puerta Dorada con los Trabajos de Hércules, que a finales del siglo XVIII habían desaparecido del todo.³⁸

Ni la Iglesia ni el poder imperial promovieron una destrucción sistemática del arte antiguo; la mayor parte de sus templos no fueron destruidos, sino que cayeron en un estado de abandono que acabó provocando su destrucción; los que se mantuvieron en pie, como el de Adriano en Cízico, obtuvieron el aprecio de los bizantinos.³⁹ Los elementos de la decoración arquitectónica, los mosaicos y relieves, fueron conservados e incluso reutilizados con cuidado y sentido de la estética en las nuevas edificaciones.⁴⁰ Ciudades como Éfeso o Afrodisias, que mantuvieron su estructura social antigua sin demasiados problemas hasta el siglo VI, mantuvieron igualmente su tradición escultórica, de la que se

3-10; A. BRAVO, «El Partenón y la Edad Media griega», en *El Partenón en los orígenes de Europa*, F. R. ADRADOS-J. R. SOMOLINOS, Madrid, CSIC, 2003, pp. 119-177.

³⁶ C. MANGO, «Antique Statuary and the Byzantine Beholder», *DOP*, 17 (1963) 53-75, esp. 56 [reimpr. en *Byzantium and its Image. History and Culture of the Byzantine empire and its heritage*, Londres, Variorum, 1984, VI].

³⁷ En cifras dadas por los editores de las mencionadas *Parastaseis*, en el s. IV en Constantinopla se esculpirían 60 estatuas; en el s. V, 25; en el s. VI, 15; en el s. VII, 2 y sólo 1 en el s. VIII.

³⁸ C. MANGO, «Antique Statuary» [cit. n. 36], 75.

³⁹ Vid. J.-M. SPEISER, «La christianisation des sanctuaires paiens en Grèce», en *Neue Forschungen in griechischen Heiligtümern*, U. JANTZEN (ed.), Tübinga, 1976, pp. 309-320 [trad. ingl. «The Christianisation of Pagan Sanctuaries in Greece», en *Urban and religious spaces in late antiquity and early Byzantium*, Aldershot, 2001, VI], H. SARADI, «Christian Attitudes toward pagan monuments in late Antiquity and Their Legacy in later Byzantine Centuries», *DOP*, 44 (1990) 47-61, esp. 58-59 y L. FOSCHIA, «La réutilisation des sanctuaires paiens par les chrétiens en Grèce continentale (IV-VIIe s.)», *Revue des Etudes Grecques*, 113 (2000) 413-434.

⁴⁰ Vid. C. MANGO, «L'attitude byzantine à l'égard des antiquités gréco-romaines», *Byzance et les images* [cit. n. 21], pp. 95-120, esp. 99.

conservan ejemplos de gran calidad de ejecución.⁴¹ Constantinopla se adornó con estatuas procedentes de los confines del Imperio,⁴² a las que se sumaron los retratos en piedra de algunos emperadores tardoantiguos.

Los bizantinos podían contemplar en el foro la estatua de Apolo Helios transformado en Constantino; el Augusteo estaba presidido por la estatua ecuestre de Justiniano. El emperador Focas parece haber levantado en 609 junto al Tetrápylon una columna sobre la que pretendía colocar su estatua. Lo impidió el que fuera derrocado al año siguiente por Heraclio, quien hizo colocar una cruz sobre la columna inacabada.⁴³ El llamado coloso de Barletta, una estatua imperial de gran tamaño llevada a Italia tras la conquista de 1204, se consideraba retrato del emperador Heraclio, aunque últimamente se ha argumentado que se trata de León I (457-474). Existe también la mención de una estatua de Justiniano II arrodillado que se encontraría al comienzo de la Mese, en la llamada Basílica, un edificio que albergaba distintas instituciones públicas y después fue convertido por Justiniano en una cisterna que todavía hoy se puede visitar (Yerebatan Sarayı).⁴⁴ Si otorgamos validez a esta información, que aparece en una colección de textos destinados a glosar las estatuas constantinopolitanas, conocidos como *Parastaseis*, deberemos admitir que la práctica de esculpir retratos imperiales se mantuvo hasta comienzos del siglo VIII. Quizá esta pervivencia responda meramente a las preferencias de algunos emperadores. Focas en concreto parece haber tenido una predilección especial por hacerse

representar en estatuas;⁴⁵ una de ellas fue el último monumento conmemorativo del foro de Roma, otra ha aparecido curiosamente en Oxirrincos y una tercera, un *xoanon* o estatuilla de madera, fue quemada en el Hipódromo tras la coronación de su sucesor Heraclio;⁴⁶ Justiniano II, por su parte, quiso enfatizar en sus representaciones su subordinación a Cristo y de hecho durante su reinado Cristo ocupó por primera vez la cara de las monedas, sustituyendo a la figura imperial, que pasó a ocupar el reverso.

¿Por qué dejó de producirse estatuaria? Pudo deberse a razones técnicas, pero es más probable que la razón profunda fuera paralela a la que explica la adopción del formato del código en perjuicio del rollo de papiro, es decir, su excesiva vinculación a la cultura pagana. Del mismo modo, mientras que la representación en pinturas murales, iconos o mosaicos no parecía suponer un riesgo, las estatuas se identificaban con los ídolos paganos y su uso entrañaba el peligro de caer en la idolatría.⁴⁷ Esa es quizá la razón de que, al contrario que en el Occidente medieval, en Bizancio, con una presencia mucho mayor en sus ciudades de arte antiguo pagano, rara vez hubiera estatuaria religiosa.

La pieza central del culto ortodoxo y del arte religioso bizantino fue sin duda el icono, que sólo irrumpió con fuerza en el culto en el siglo VI. Un momento paradigmático de la convivencia de la representación al modo antiguo del poder imperial y de la nueva expresión del culto ortodoxo nos lo ofrece el emperador Mauricio (582-602) colocando por encima de su propia estatua, en la Calce, el acceso principal al palacio, el

⁴¹ R.R.R. SMITH, «Roman portraits: honours, empresses, and late emperors», *Journal of Roman Studies*, 75 (1985) 209-221 e ID., «Late Antique Portraits in a Public Context: Honorific Statuary at Aphrodisias in Caria, AD 300-600», *Journal of Roman Studies*, 89 (1999) 155-89.

⁴² Vid. H. SARADI, «Christian Attitudes toward pagan monuments» [cit. n. 39], 50-52.

⁴³ Vid. *Chronicon Paschale, 284-628 AD*, Michael y Mary WHITBY (eds.), Liverpool, 1989, 148 y n. 415, R.R.R. SMITH, «Roman portraits» [cit. n. 41], 215-216 y C. MANGO, *Le développement urbain de Constantinople (IVe-VIIe siècles)*, Travaux et Mémoires du Centre de Recherche d'Histoire et Civilisation de Byzance, Collège de France, Monographies 2, París, 1990, p. 31. Las *Parastaseis* § 74 mencionan otra estatua del mismo emperador detrás de la Magnaura.

⁴⁴ Vid. *Parastaseis* § 37 y cf. *ibidem*, pp. 210-211.

⁴⁵ Vid. J.-P. SODINI, «Images sculptées et propagande impériale du IVe au VIe siècle: recherches récentes sur les colonnes honorifiques et les reliefs politiques à Byzance», en *Byzance et les images* [cit. n. 21], pp. 41-94, esp. 87-88. Como señala Sodini, resulta muy significativo que la estatua que hizo erigir Miguel VIII para celebrar la reconquista de Constantinopla no fuera la suya sino la de su patrón, S. Miguel. Él mismo se hizo representar modestamente en la puerta sur del nártex de Santa Sofía; vid. A. M. TALBOT, «The Restoration of Constantinople under Michael VIII», *DOP*, 47 (1993) 258-260.

⁴⁶ Ello no implica que la ceremonia instaurada por Constantino, descrita anteriormente, perviviera sin solución de continuidad hasta la época de Focas. Es más probable, como sugiere M. WHITBY [cit. n. 43], p. 153, n. 427, que Focas recuperara la celebración.

⁴⁷ Vid. P.J. ALEXANDER, «Hypatius of Ephesus. A Note on Image Worship in the Sixth Century», *Harvard Theological Review*, 45 (1952) 177-184, esp. 181-182 [reimpr. en *Religious and Political History and Thought in the Byzantine Empire*, Londres, 1978, VI].

icono de Cristo que se convertiría en emblema protector de la Ciudad.⁴⁸ Esta asunción por parte de los iconos de su papel integrador en la sociedad, no fue un proceso muy largo. En 619, los ávaros amenazaban Blaquernas, en el extremo noroccidental de Constantinopla, junto a las murallas, donde en el siglo V se había construido una basílica dedicada a la Virgen que guardaba su *maphorion*, el manto de María manchado con su propia leche.⁴⁹ Ante el riesgo que para la reliquia suponía el asedio ávaro, el *maphorion* fue trasladado dentro de su cofre a Santa Sofía. Aquello fue una operación urgente, llevada a cabo con premura y sin ninguna solemnidad; pero la devolución de la reliquia a Blaquernas, una vez pasado el peligro, fue motivo de una ceremonia novedosa, una procesión encabezada por el patriarca y el emperador, seguidos por el clero, el personal de palacio y el pueblo. Más tarde, en 626, durante otro famoso asedio ávaro de Constantinopla, el patriarca sacó en procesión por las murallas un icono de Cristo y otro de la Virgen con el niño. El fracaso del asedio fue atribuido a la Virgen y desde entonces se celebra con el himno Acáthistos el día de la Anunciación.

Las imágenes de Cristo y la Virgen encontraron así un lugar central en la vida pública,⁵⁰ cuando la ciudad estaba en peligro. En tales ocasiones se desplegaba en torno a ellas un ceremonial a la vez religioso e imperial. Paralelamente, el símbolo de la cruz adquirió un papel preponderante desde finales del siglo VI, asociado al ceremonial militar.⁵¹ El

⁴⁸ Vid. J. HERRIN, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1987, p. 310. Este icono sería similar al del Cristo del Sinaí encargado por Justiniano como regalo para el monasterio.

⁴⁹ Sobre el santuario de Blaquernas, vid. R. JANIN, *La Géographie ecclésiastique de l'Empire Byzantin. I. Le siège de Constantinople et le Patriarcat Œcuménique. III. Les Églises et les Monastères*, París, 1969, pp. 161-171. Sobre la dimensión maternal de la imagen de María en el Bizancio post-iconoclasta, vid. I. KALAVREZOU, «Images of the Mother: When the Virgin Mary Became Meter Theou», *DOP*, 44 (1990) 165-172. También en la representación de la madre de Dios hay una diferencia sustancial entre la Antigüedad Tardía y Bizancio, caracterizada la primera por la solemnidad y un formalismo casi "de etiqueta" y el segundo por la intimidad entre madre e hijo.

⁵⁰ Los primeros grandes iconos públicos fueron la imagen *acheiropoietos* "camuliana", que toma el nombre de esa comunidad, junto a Cesarea y que apareció en el contexto de las luchas contra Persia a finales del siglo VI; vid. AV. CAMERON, «The language of images: The rise of icons and Christian representation», en *The Church and the Arts*, D. WOOD (ed.), Studies in Church History, 28, Oxford, 1992, pp. 1-42, esp. 4-5.

⁵¹ Vid. AV. CAMERON, «Byzantium and the Past in the Seventh Century: the

recorrido triunfal del emperador incluyó algunas iglesias desde el reinado de Justiniano; a partir de Justino II, los emperadores fueron coronados no en palacio sino en Santa Sofía. Cuando Heraclio volvió de Tierra Santa en 628, fue acogido con himnos litúrgicos, no con vítores. Este proceso es el que Averil Cameron ha llamado liturgificación de la sociedad bizantina,⁵² definida como la aproximación uniformemente religiosa a la vida, ya sea en el ceremonial imperial, en la literatura o el arte, por la que el emperador se desprendió de los atributos tradicionales romanos y emergió enteramente como un *philochristos basileus*.

El final del mundo tardoantiguo contempló así la culminación del proceso iniciado con la conversión de Constantino, una culminación definida por la confluencia de la proyección exterior del poder imperial con el ceremonial religioso. Hay quien sitúa el momento clave de esta transformación en el reinado de Justino II⁵³ y hay quien lo fecha unos decenios antes,⁵⁴ pero lo importante es, en mi opinión, que antes de que se produzca no se puede hablar de Bizancio. Llegados a este punto, podemos volver a formular la pregunta con que iniciábamos esta charla: ¿Bizancio nace cuando se funda Constantinopla siguiendo el modelo romano en el diseño administrativo y las construcciones monumentales,⁵⁵ no exentas de connotaciones paganas, como el Capitolio?⁵⁶ ¿es bizantina la Constantinopla inaugurada con ritos paganos⁵⁷ adornada

Search for Redefinition», en *The Seventh Century: Change and Continuity*, J. FONTAINE-J.N. HILLGARTH (eds.), Londres, 1992, pp. 250-276, esp. 264.

⁵² Vid. AV. CAMERON, «The Theotokos in Sixth-Century Constantinople. A City finds its Symbol», *Journal of Theological Studies*, n.s. 29 (1978) 79-108.

⁵³ Vid. AV. CAMERON, «Images of Authority: Elites and Icons in late-sixth Century Byzantium», en *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham, 1981, pp. 205-234 [= *Past and Present*, 84 (1979) 3-35].

⁵⁴ Vid. S. MACCORMAK, «Christ and Empire» [cit. n. 5].

⁵⁵ Vid. B. WARD-PERKINS, «Constantinople, Imperial capital of the fifth and sixth Centuries», en *Sedes regiae (ann. 400-800)*, G. RIPOLL-J.M. GURT (eds.), Barcelona, 2000, pp. 63-81, e ID., «Constantinople: A City and its Ideological Territory», *Towns and their territories between late antiquity and the early Middle Ages*, G.P. BROGIOLO ET AL. (eds.), Leiden, Brill, 2000, pp. 325-345.

⁵⁶ P. SPECK, «Urbs, quam Deo donavimus. Konstantins des Grossen Konzept für Konstantinopel», *Boreas*, 18 (1995) 143-173.

⁵⁷ La información de que disponemos sobre los rituales de fundación de Constantinopla es difícil de descifrar, pero parece claro que el emperador fue el protagonista absoluto de ellos y que, aun combinando ritos paganos y cristianos, estaban dominados por la exaltación del poder imperial y no por la religión. Vid. G.

con estatuas de dioses, como el Zeus de Dodona y la Atena de Lindos,⁵⁸ y festejada con carreras en el Hipódromo? ¿es un emperador bizantino el que se hace representar con una estatua de Apolo, con los atributos del dios Sol, en el centro de su ciudad y quien ordena celebrar cada 11 de mayo el aniversario de su fundación con una procesión de su estatuilla (ξόανον) dorada hasta la arena del Hipódromo, escoltada por las tropas vestidas de blanco y portando antorchas encendidas?⁵⁹

Constantino y Constantinopla

El nacimiento de la Ciudad de Constantino es sobre todo el inicio de un gran proyecto, que no necesariamente debía convertirse en lo que después fue Constantinopla.⁶⁰ Tampoco la ciudad estaba proyectada como una capital cristiana; Constantino no inundó su fundación de iglesias,⁶¹ ni siquiera la de los Santos Apóstoles, donde hasta el siglo XI, siguiendo su ejemplo, serían enterrados los emperadores.⁶² Del complejo

DAGRON, *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451*, París, 1974, pp. 37-41, quien previene de considerar los ritos del año 324 paganos y los del año 330 cristianos (*ibidem*, pp. 41-42) y A. BRAVO GARCÍA, «Constantinopla, de lo visto a lo imaginado», en *Ciudades del Mundo Antiguo*, V. CRISTÓBAL-J. DE LA VILLA (eds.), Madrid, 1997, pp. 187-229, esp. 188-195. Juan Lido (*De Mens.* IV 2) menciona la participación del hierofante Pretextato y del filósofo Sópatro en lo que serían los ritos destinados a dar a la ciudad un nuevo perímetro y una nueva personalidad en 324.

⁵⁸ C. MANGO, «Antique Statuary» [cit. n. 36], 57.

⁵⁹ La estatuilla de Constantino (no necesariamente de madera, según los editores del *Chron. Pasch.* [cit. n. 43], 18, n. 56) portaba en la mano derecha una Tyche de la Ciudad, también dorada, cuyo nombre era el de Anthousa, en correspondencia con la Flora de Roma. En el Hipódromo, el carro se detendría ante el *kathisma* imperial y el que fuera emperador debería honrar la figura y rendirle obediencia; *vid.* *Chron. Pasch.* 529-530 Bonn (17-19 WHITBY) y MALALAS 321, 15-322, 15.

⁶⁰ Ésta es la tesis principal de G. DAGRON, *Naissance d'une capitale* [cit. n. 57], a saber, que Constantinopla no fue fundada como la Segunda Roma sino que sólo con el paso del tiempo fue concebida como habiendo jugado ese papel, lo que en cierto grado es una negación de la continuidad entre la capital bizantina y su predecesor romano; *vid.* A. KAZHDAN-A. CUTLER, «Continuity and discontinuity» [cit. n. 12], 468, n. 61.

⁶¹ En contra de lo que nos haría pensar Eusebio de Cesarea, *Triakontaeterikos*, IX, 13-19 y *Vita Constantini* III 48, así como los escritos patriográficos de época ya plenamente bizantina. La realidad es que, por lo que respecta a Constantinopla, sólo se puede afirmar con seguridad que Constantino ordenó edificar una única iglesia, la de Santa Irene, y algunos pequeños *martyria*; *vid.* A. BRAVO GARCÍA, «Constantinopla, de lo visto a lo imaginado» [cit. n. 57], pp. 194-195.

⁶² *Vid.* A. A. VASILIEV, «Imperial Porphyry Sarcophagi in Constantinople», *DOP*, 4 (1948) 1-26.

de los Santos Apóstoles sólo el mausoleo fue diseñado por Constantino, tomando como modelo el Panteón romano, no la iglesia.⁶³

¿Qué pretendía Constantino al refundar Bizancio? En primer lugar, celebrar su victoria sobre Licinio (como indica el *Anonymus Valesianus*), un triunfo militar que lo puso al frente de todo el Imperio romano, inaugurando una época en la que centraría muchas de sus iniciativas políticas en la parte oriental del Imperio. La mayor de ellas fue convertir Constantinopla no en la capital del Imperio oriental, sino en *sedes regia*,⁶⁴ como había hecho Diocleciano con Nicomedia. La fundación de Constantino siguió los parámetros de las capitales tetrárquicas existentes y aunque el emperador residió allí la mayor parte del tiempo entre 330 y 337, parece que lo que tenía en mente tras su muerte era la vuelta a un imperio repartido entre varios augustos.⁶⁵ Es la debilidad de Constantino en la parte oriental del Imperio la que explica el rasgo fundamental de su nueva fundación, la creación de un senado, instrumento efectivo para articular sus nuevas redes de poder concediendo en abundancia nuevas dignidades.⁶⁶ Paralelamente, el emperador emprendió una campaña de propaganda en la que, presentándose como *victor y clementissimus*, intentó atraerse a los que habían apoyado a su adversario.⁶⁷

Constantino no fundó su ciudad, pues, ni como capital cristiana para contrarrestar el poder pagano de Roma ni como capital del Imperio oriental, sino para conmemorar la derrota de Licinio y fortalecer su poder en Oriente. La posición de Constantinopla era estratégica, puesto que se encontraba en el eje que unía las capitales tetrárquicas del Rin con el norte de Italia, los Balcanes y Asia menor, así como los distritos de frontera y las mayores concentraciones militares. Sin embargo, la Polis tenía un talón de Aquiles: carecía de fuentes naturales suficientes y la complejidad de su sistema de distribución de agua la hacía extremada-

⁶³ *Vid.* G. DOWNEY, «The Builder of the Original Church of the Apostles at Constantinople», *DOP*, 6 (1951) 51-80 y P. GRIERSON, «The Tombs and Obits of the Byzantine Emperors (337-1042)», *DOP*, 16 (1962) 3-63.

⁶⁴ Av. CAMERON, *The Mediterranean World* [cit. n. 17], pp. 12 y ss.

⁶⁵ *Vid.* EUSEBIO, *Vita Constantini*, IV, 51.

⁶⁶ *Vid.* P. HEATHER (1994), «New men for new Constantines? Creating and imperial elite in the eastern Mediterranean», en *New Constantines* [cit. n. 4], pp. 11-33 y Av. CAMERON, *The Mediterranean World* [cit. n. 18], p. 90.

⁶⁷ P. HEATHER, «New men for new Constantines?» [cit. n. 66], pp. 14-16.

mente vulnerable.⁶⁸ La antigua Bizancio carecía además de defensas naturales y se encontraba en una posición francamente expuesta, debilidad que se intentó paliar con la construcción de unas imponentes murallas. Los frecuentes asedios a que la sometieron por tierra y por mar tanto fuerzas extranjeras como ejércitos rebeldes, dan prueba de ello. Recordemos que el emperador Heraclio estuvo rumiando la idea de trasladar la corte a la más segura Cartago. Su nieto, Constante II, abandonó de hecho Constantinopla por Siracusa en 663 y murió en Italia cinco años más tarde.

Éstos son, someramente expuestos, los datos básicos sobre la fundación de Constantino que quedaron borrosos por la maquinaria ideológica puesta en marcha una vez que el emperador dominó la totalidad del Imperio y se convirtió al cristianismo. Esta maquinaria ideológica se articuló en la utilización, por parte del poder imperial posterior, de su figura, lo que tiene un contrapunto no menos interesante en la leyenda popular forjada en torno al emperador y su fundación. Constantino fue para Bizancio «el primer emperador cristiano, el fundador de Constantinopla; convocó y presidió el primer concilio ecuménico, proporcionó un paradigma de guerra santa exitosa y fue descrito como modelo de la monarquía cristiana por (...) Eusebio de Cesarea».⁶⁹ Como tal, fue un prototipo imperial; un punto de referencia y un símbolo de la legitimidad y la identidad imperiales. El ideario político bizantino remitió así sin cesar, aunque con más intensidad en unas épocas que otras, a Constantino, pero sería un error ver en esto un síntoma más del conservadurismo de Bizancio; en realidad, como ya hemos dicho, las frecuentes reivindicaciones de renovación son sobre todo una cortina de humo destinada a ocultarnos el cambio.⁷⁰

De la leyenda de Constantino, su imagen popular, dan testimonio tanto las muy difundidas *Vitae Constantini* como la literatura sobre el significado de los monumentos de Constantinopla, los famosos *Patria*. Nos llevaría muy lejos adentrarnos en los puntos conflictivos de estas

⁶⁸ M. ANGOLD, «The Shaping of the Middle Byzantine City», *ByzF*, 10 (1985) 1-37, esp. 3.

⁶⁹ P. MAGDALINO, «Introduction», en *New Constantines* [cit. n. 4], p. 3.

⁷⁰ P. MAGDALINO, «Introduction», en *New Constantines* [cit. n. 4], p. 8.

biografías estudiadas por Alexander Kazhdan,⁷¹ como el bautismo de Constantino o el papel de su madre Helena. Mencionemos simplemente una de las aportaciones del trabajo de Kazhdan que atacan frontalmente nuestro estático imaginario bizantino: que estas *Vitae* son producto de un interés por la figura de Constantino renovado tras el triunfo de las imágenes, y que su propósito es limpiar la imagen del emperador de toda sombra de heterodoxia, como el haber sido bautizado por un obispo arriano.⁷²

Del mismo modo, los textos patriográficos conocidos como *Parastaseis* vieron la luz a comienzos del siglo VIII en un contexto de discusión sobre la idolatría y el status general de las imágenes.⁷³ Sus autores parecen estar movidos por el deseo de registrar y explicar, utilizando grandes dosis de fantasía, lo que quedaba de la ciudad tardoantigua.⁷⁴ Para ellos y, podemos pensar, para la inmensa mayoría de los constantinopolitanos, el fundador de su ciudad no fue un emperador romano bautizado en su lecho de muerte por un obispo arriano; para ellos, el fundador de su ciudad fue el emperador cristiano que venció no a Licinio sino a Bizas en una feroz batalla en el curso de la cual murieron veinte mil paganos.⁷⁵

⁷¹ A. KAZHDAN, «"Constantine imaginaire". Byzantine Legends of the Ninth Century about Constantine the Great», *Byzantion*, 57 (1987) 196-250.

⁷² R. SCOTT, «The image of Constantine in Malalas and Theophanes», en *New Constantines* [cit. n. 4], pp. 57-71.

⁷³ A. CAMERON-J. HERRIN (eds.), *Constantinople in the Early Eighth Century* [cit. n. 33], p. 25.

⁷⁴ *Ibidem*, 27-28. A. KAZHDAN, «Constantin imaginaire» [cit. n. 71], 249-250, critica la interpretación dada por las editoras de las *Parastaseis*, de que éstas son obra de un grupo de "investigadores" y considera, por el contrario, que se trata de una parodia burlesca llena de episodios inventados. CAMERON, a su vez, le responde en «Byzantium and the Past» [cit. n. 51], pp. 256, n. 18 y 261-262, criticando el excesivo utilitarismo que Kazhdan atribuye a las *Vitae Constantini*.

⁷⁵ *Vid. Parastaseis*, § 38 y 52 y cf. A. CAMERON, «Byzantium and the Past» [cit. n. 51], p. 257, para quien esta imagen deformada de Constantino, y completamente independiente de la *Vita* de Eusebio de Cesarea y de otras fuentes del reinado de Constantino, se explica por la escasez de textos disponibles en la época de composición de las *Parastaseis*.

Constantinopla y el territorio imperial

En la imagen que emerge de las *Parastaseis*, la Constantinopla del siglo VIII es una ciudad en estado de contracción en torno a la que seguía girando un estado bizantino duramente golpeado por la crisis.⁷⁶ La desaparición de la vida urbana antigua había provocado en la capital un desarrollo hipertrófico: mientras que Roma había sido, sobre todo, el eje político del Imperio, Constantinopla sumó a sus funciones políticas el monopolio cultural, económico y eclesiástico. La conquista árabe eliminó además el contrapeso de las otras grandes ciudades antiguas del Mediterráneo oriental y la Polis se quedó sola como la única gran ciudad antigua sede de un Imperio y centro de un territorio. Significativamente, los bizantinos nunca la llamaron *kastron*, la denominación habitual de la ciudad; Constantinopla será siempre la Polis, la Emperatriz de las Ciudades.

La pérdida del territorio egipcio y sirio, sin embargo, redimensionó su población, literalmente diezmada desde mediados del siglo VI: Constantinopla dependía de los suministros de Siria y Egipto y, al perderlos, la "ración" de Imperio que su capital se llevaba se convirtió en un peso enorme para su territorio,⁷⁷ hasta el punto de modificar la actividad económica de todas las ciudades circundantes, cuyos recursos se plegaban a las necesidades de la capital. Cuando el asedio ávaro a la ciudad a comienzos del siglo VII cortó el suministro y el acueducto llamado de Valente dejó de funcionar, pasaron más de 150 años hasta que se volvió a poner en marcha y ello a costa de movilizar a trabajadores especializados de todo el Imperio.

Con todo, Constantinopla sobrevivió, y con ella el Imperio.⁷⁸ Éste lo hizo como una mera extensión de la Ciudad, como el territorio que necesitaba para sobrevivir y que sólo existía en su función económica y militar, para proporcionarle bienes de primera necesidad, dinero a través

⁷⁶ Vid. A. BRAVO GARCÍA, «Constantinopla, de lo visto a lo imaginado» [cit. n. 57], pp. 198-205.

⁷⁷ A. KAZHDAN-A. CUTLER, «Continuity and discontinuity» [cit. n. 12], 468. Sobre la configuración del entorno geográfico de Constantinopla, vid. *Constantinople and its Hinterland, Papers from the 27th Spring Symposium of Byzantine Studies, Oxford, April 1993*, C. MANGO-G. DAGRON (eds.), Aldershot, 1995.

⁷⁸ M. WHITTON, *The Making of Byzantium* [cit. n. 15], p. 103.

de los impuestos y soldados para defenderse. Con su población diezmada, subsistiendo bajo mínimos, Constantinopla siguió siendo el centro de la política, la diplomacia y la administración y la fuente de la identidad del Imperio, porque en ella residía el emperador. En Bizancio, ser *rhomaïos*, romano, no tenía que ver con hablar griego o ser ortodoxo, ser romano era ser súbdito del emperador de Constantinopla.

¿Los bizantinos inventaron su fin?

Gracias a que la corte mantuvo su actividad económica, Bizancio superó el trance de la Edad oscura antes de lo que lo hizo Occidente. Pero la separación radical entre la ciudad imperial y su territorio, el peso opresivo que ejercía sobre él, la exagerada centralidad de Constantinopla y su concepción del territorio imperial como mera fuente de recursos provocaron a la larga su fin. Constantinopla asesinó, pues, al Imperio.

La historia podría haberse escrito de otra manera: el estado podría haberse fragmentado, aumentando su flexibilidad y su capacidad de reacción, o haber evolucionado hacia un sistema feudal; se podría haber competido con las ciudades italianas protegiendo a los comerciantes y artesanos bizantinos; se podría haber destinado todos los recursos a la reorganización del ejército y el fortalecimiento de las fronteras; pero nada de esto se hizo.

Los emperadores tardoantiguos no habían dudado en abandonar Roma para instalarse durante largos períodos en las fronteras, donde percibir mejor y actuar contra las amenazas externas. Los emperadores bizantinos se replegaron en Constantinopla y cometieron errores irreparables: dejaron el comercio en manos occidentales, eliminaron la flota, abandonaron cualquier intento de reclutamiento sistemático y fueron incapaces de proteger a la población amenazada por Oriente y Occidente. Los hubo que desplegaron una actividad incansable para defender su Imperio, como Manuel II, que en sus cartas nos contagia el cansancio que le provoca una incesante *νυκτομαχία*, la inacabable lucha en las sombras contra los peligros que acechan a Bizancio.⁷⁹ El último de

⁷⁹ Vid. *The Letters of Manuel II Palaeologus*, G.T. DENNIS (ed.), CFBH, 8 Dumbarton Oaks Texts (Washington 1977).

los emperadores murió, al menos, luchando en las murallas de la Ciudad de Constantino, y fue Mehmed quien con todos los honores recogió la gloria del Imperio romano.

Los bizantinos se veían a sí mismos ocupando el centro de la ecúmene, salvaguardando una civilización amenazada por la periferie bárbara, τὸ περίξ βαρβαρικόν, como la llamó con una expresión cosificadora Miguel Pselo.⁸⁰ Y el fin que esperaba a su civilización no fue otro que el que concebían los bizantinos en su mente, en sus peores pesadillas. Del mismo modo que el atentado de las Torres gemelas da la impresión de haber sido un engendro concebido por un guionista de Hollywood, la razón última de la caída de Constantinopla tal como la conmemoramos hoy es que los bizantinos no pudieran concibir el fin de su mundo de otro modo, es como si ellos mismos hubieran alumbrado el camino hacia su extinción mucho antes de que se produjera.

JUAN GIL

EL FIN DEL IMPERIO BIZANTINO Y SU PROYECCIÓN ESCATOLÓGICA

⁸⁰ Vid. Michele Psello, *Imperatori di Bisanzio (Cronografia)*, S. IMPELLIZZERI (ed.), S. RONCHEY (trad.), U. CRISCUOLO (comm.), D. DEL CORNO (introd.), Fondazione Lorenzo Valla 1984, VI, 9 y *passim*.